

*[http://www.palabrasdiversas.com/palabras/clasicos\\_dentro.asp?nombre=Carlos%20Eduardo%20Maldonado](http://www.palabrasdiversas.com/palabras/clasicos_dentro.asp?nombre=Carlos%20Eduardo%20Maldonado), 15 Marzo 2013, No. 40, ISSN 1989-9270*

## **ESTILOS ARGUMENTATIVOS. ¿ESTILOS ARGUMENTATIVOS?**

Carlos Eduardo Maldonado  
Profesor Titular  
Universidad del Rosario  
[carlos.maldonado@urosario.edu.co](mailto:carlos.maldonado@urosario.edu.co)

Argumento: en griego λογος, que equivale tanto como decir: razón, pensamiento, palabra, argumento. Y el verbo: λεγειν. En griego también, particularmente en la Grecia antigua, existe el verbo λογος διδομαι, que se traduce tanto como pedir, solicitar, demandar o exigir razones al mismo tiempo que brindar, aportar o dar razón de alguna cosa. No en vano el espacio en el que ello sucede es en la plaza pública. De esta suerte, pedir razones y aportar razones o dar cuenta de algo tanto permite como promueve y exige democracia.

Pensar, argumentar. Claro, conservando, en una dimensión propia, a la poesía, y con ella a la literatura, que hacen otra cosa. Hasta cuando sucede –según Sócrates, esa desdicha; de acuerdo con Nietzsche, esa desdicha- que la palabra hablada se transforma en y permanece como palabra escrita. Pero esta inflexión habrá de desplazar la mirada del canto al texto escrito; del ágape, ulteriormente, con Gutenberg, al texto publicado. Aparece la lectura, ese fármaco de la memoria, pues en verdad, gracias a la palabra escrita podemos adentrarnos en el tiempo – y con él, acceder a la historia. Antes sólo entrábamos a la tradición. La diferencia estriba en que la historia es el dominio del futuro. Entramos a la historia cuando logramos que otros, en el futuro, hablen de nosotros. El mito –palabra cantada- nos remitía al pasado; por ello mismo la noción de mito fundacional.

Argumentar, esa forma de pensar que es la filosofía que, antes que amor a la sabiduría, es amor al lenguaje. Pero con Sócrates, más allá de Sócrates, la filosofía nace cuando la palabra se hace escrita, y gracias a Platón aparece escrita en la forma de obra de teatro: el diálogo. Así, el verdadero antecedente de la filosofía no son los filósofos presocráticos, sino las tragedias de Eurípides, que era también poeta.

Es posible distinguir cuatro estilos de escritura. Posteriormente quisiera mencionar un quinto estilo. Cronológicamente, estos son:

- *Aforismos*. Desde los escritos, casi todos ellos recogidos en un libro que se llamaba “Sobre la física”, de los presocráticos, hasta llegar a Nietzsche o a E. Cioran, dos figuras epónimas de este estilo. E primero de los estilos argumentativos son los aforismos. Ideas rápidas como una rayo; fulgores de luz breves como una epifanía; dardos brillantes que penetran más allá del

espíritu. No han sido muchos quienes han descollado en este estilo, pues la mayoría se ha concentrado en el texto académico y frío.

- *Escritura en diálogo.* Platón, quien quiso ser en su juventud escritor de tragedias, hasta cuando la muerte de Sócrates, su maestro, lo obliga a dar un giro a su vida –y con ella, ulteriormente, a la filosofía y la cultura occidentales el padre, por excelencia del diálogo. Posteriormente, muy pocos autores de filosofía, ciencia y pensamiento lo han ensayado. Dos ejemplos conspicuos que se destacan en escritura de diálogo son, primero Giordano Bruno, –véase *Sobre el infinito universo y los mundos-*, y luego, episódicamente Schopenhauer con su *Parerga y Paralipómena*. El filósofo alemán ocupa, antes que Nietzsche un lugar propio en la escritura de aforismos, pero en él se trata tan solo de un momento.
- *Escritura en tercera persona.* La forma dominante de pensamiento y argumentación en Occidente se expresa en escritura en tercera persona. Su padre, Aristóteles el de Estagira. Con su *laudatio* como “El Filósofo” por parte de la Edad Media, gracias a ese poderoso grupo de presión (= lobby) que es el Vaticano, la escolástica desarrolla esta clase de pensamiento como la eximia. A pesar de la muerte de la Edad Media, el tránsito al Renacimiento y el redescubrimiento de Platón –principalmente debido a los trabajos de Marisilio Ficino-, este estilo de argumentación se proyecta en la Modernidad y con ella y más allá de ella, hasta nuestros días, como la forma misma de la ciencia. En este estilo se impone y predomina la lógica.
- *Escritura en primera persona.* Agustín de Hipona, notablemente en sus *Confesiones*, introduce un estilo desconocido en la historia hasta entonces. La escritura en primera persona será empleada también en el ensayo. Y en nuestros días, es la forma más laxa como la ciencia y la filosofía se expresan en contraposición con la ciencia *por excelencia*, a saber: en las ciencias sociales y humanas, que admiten el razonamiento en primera persona – del singular o del plural. Antes que los datos y la observación fría, es el razonamiento, la emoción, el punto de vista y la biografía los que saltan como protagonistas.
- *Escritura como ensayo.* En la segunda mitad del siglo XVI, el humanista Michel Eyquem de Montaigne inventa una forma novedosa: el ensayo, que traza una distancia fuerte frente al espíritu de la lógica y la escolástica y de la argumentación en tercera persona, para introducir grados de libertad que sin coincidir con Agustín el de Hipona, sí crean un *corpus* nuevo y propio.

Para ser francos, la identificación de estos cuatro estilos no tiene nada de novedoso ni ya, hoy, inteligente. Entre tanto, otras formas más libres se han creado e introducido. Tales como la biografía y la correspondencia –ayer de cartas y hoy de mensajes electrónicos-, e incluso el periodismo ha hecho lo suyo con el invento del *lead* (qué, quien, cuándo, dónde, cómo y por qué).

La frontera, antes rígida e infranqueable entre la filosofía y la literatura, y entre la ciencia y la literatura, parece volverse hoy móvil y permeable y abrirse en varios lugares. Con todo, quisiera dejar aquí a la literatura para un espacio propio en otro momento más oportuno.

Además de los cuatro estilos clásicos e inveterados de argumentación y estilo(s) de escritura, existe, sin embargo, un quinto estilo, y es en realidad sobre él que me quiero concentrar aquí. Se trata de:

- *La heteronimia*. Sólo la genialidad -¿o sensibilidad?- de Pessoa pudo crear, al cabo de 2500 años de civilización occidental un estilo distinto. La heteronimia.

¿Heteronimia? Leamos a Pessoa:

“Así publicaré, bajo varios nombres, varias obras de varias especies, que se contradigan las unas a las otras. Obedeceré, así, a la necesidad de dramaturgo, *y a un deber social* [subrayado, C.E.M.]”

Finalmente, lo que domina son las corrientes sociales dirigidas e impulsadas por leyes desconocidas. Por eso creo personalidades que interpretan varias corrientes, para que así se vuelvan más conscientes ciertos temperamentos en los cuales esas corrientes son inconscientes” (1915).

Nacen, así, Alberto Caeiro, Álvaro de Campos y Ricardo Reis, y sus semiheterónimos Bernardo Soares, Vicente Guedes y el Barón de Teive. Todos unidos por esa pequeña humanidad que es el mismo Fernando Pessoa.

“Hoy ya no tengo personalidad: todo lo que en mí haya de humano, yo lo divido entre varios autores de cuya obra he sido el ejecutor. Hoy soy el punto de reunión de una pequeña humanidad solo mía”.

La heteronimia supone, de entrada el reconocimiento explícito de una dificultad (enorme): para decirlo con Pessoa, “en prosa es más difícil otrarse”. Todo ello lo expresa el Lusitano en *Plural como el universo* – el título mismo transpira sabiduría.

Escribir, distinto a pintar; cuando la idea no aparece, incluso no aparece nunca, pues es la forma y el ojo, el espíritu y el cuerpo los que aparecen. El cuerpo, sí: el ángulo. ¿No decía acaso Sartre que el invento más grande del ser humano es crearse a sí mismo? Incluso aunque algunos caigan en la mentira; incluso en medio de la mala fe; incluso a pesar de sí mismo, si las circunstancias lo imponen. Cuando dejamos de inventarnos, algo peor que el desasosiego sobreviene: es la vejez y la muerte. El joven nunca deja de inventarse a sí mismo – y con ello, jamás deja de soñar lo imposible.

\*\*\*

El pensamiento se hace en la conjunción entre ideas, conceptos, juicios y categorías, de un lado, y tropología, de otra parte. En otras palabras, el pensamiento es la alianza (*alliance* – matrimonio, en francés) entre lógica y poesía. Allí trabajan los conceptos y se acuñan categorías, se elaboran juicios, la sintaxis allana el camino para el sentido y los significados. Acá viven los símiles, las metáforas, sinécdoques, metonimias, alegorías, metaplasmos, anadiplosis, elipsis y deprecación, entre otras. En algún lugar intermedio se sitúa la literatura. Bueno: y con ella, el ensayo.

Pero esta alianza entre lógica y poesía se dice fácil. La genialidad del escritor o del pensador consiste en combinarlas ambas, claro, de forma creativa. Entonces aparecen neologismos, nuevos conceptos, en fin, giros novedosos e interesantes, y con ellos realidades nuevas. Al fin y al cabo un nuevo lenguaje nos permite ver realidades nuevas. Los Aztecas, en efecto, jamás vieron llegar a Hernán Cortés, porque carecían del concepto de “perro”, “arcabuz”, “caballo” y otros. Pero cuando se dieron cuenta que no eran los dioses sino los españoles, ya era demasiado tarde: estaban tomándose a sus mujeres, estaban siendo asesinados, y sus campos assolados.

Hay que advertir, sin embargo, de un peligro. Se trata de no confundir los problemas reales del mundo con problemas de lenguaje. Y peor aún, no reducir los problemas reales a problemas de lenguaje. O, en otro plano, lo que es equivalente, a cuestiones de punto y coma.

Aquel error es el nominalismo. Y claro, con razón lo recuerda Umberto Eco: “En el nombre de la rosa está la rosa”. Contra el nominalismo, siempre es conveniente volver a Magritte: “*Ceci n’ est pas une pipe*” (su cuadro de 1929). Claro que no lo es: es la imagen de una pipa.

Y sin embargo, buena parte del decurso del mundo se hace en términos de palabras. La palabra termina siendo la cosa misma. Para decirlo con Searle, efectivamente hacemos cosas con palabras.

Ya Rudolf Carnap, el filósofo vienés, se ocupó de ello en dos libros maravillosos y clásicos: *La construcción lógica del mundo* (1928), y la *Sintaxis lógica del lenguaje* (1934). La filosofía analítica, Círculo de Viena, en fin, buena parte de la cultura del último período de los Habsburgo tiene ese mérito. En verdad, a Dios lo que es de Dios, al César de lo que es del César, y bueno: a cada quien lo suyo. ¿Filosofía analítica? Se trata, simple y llanamente, del análisis acerca del *uso del lenguaje*. El uso del lenguaje que nos hace confundir en muchas ocasiones a la cosa con la palabra. “El nombre es el grito con el que experimentamos la cosa”, sostenía a su manera Walter Benjamin.

No ha habido, en la historia de la lógica, ningún lógico que haya sido partidario de regímenes verticales, excluyentes, violentos o dictatoriales. Gracias, justamente a su recelo de distinguir conceptos, plano y contextos. Pero sin la poesía, la lógica permanece ciega, y el mundo – ajeno e indiferente.

\*\*\*

En el mundo llano –incluso ese de la academia- lo que prima son otras cosas: técnicas de escritura, metodología de la investigación, estilos argumentativos, y otras veleidades semejantes. Desde luego que es cierto: el ejemplo de Daniel Barenboim está ahí para ser recordado. Niño prodigio, se destaca en la escena musical con tono propio. Hasta cuando llega a la adolescencia: y entonces debe hacer lo que nunca tuvo que aprender cuando niño: aprender la técnica. Le dedica varios años a la técnica, su dominio y perfeccionamiento y al cabo del tiempo logra un lugar propia en la historia musical – de la interpretación primero, de la dirección luego, finalmente de las realizaciones.

Impera la técnica y la metodología de toda índole, variopintos. Sólo que ellas impiden ver el bosque. El que supone vericuetos y claros, pérdidas y angustias, solaz y errancia, por ejemplo. Pueden ser los bosques de Homero, o el bosque de Giordano Bruno en su natal Nápoles, con la imagen del Vesubio, o incluso el bosque de Heidegger, en la Selva Negra – entre otros. El drama radica, verdaderamente, en que la técnica domine la palabra y apague el espíritu. Eso se llama, en el mundo de la cultura académica, el imperio de la ciencia normal: ciencia que normaliza a los seres humanos, y con ello –Napoleón- los convierte en idiotas útiles. En verdad, lo peor que se le puede hacer a un ser humano no es callarlo o excluirlo, eliminarlo o expulsarlo. Lo peor que se le puede hacer a alguien es normalizarlo. Y existen numerosos mecanismos de normalización. De todos ellos, uno siempre muy destacado es el la importancia del punto y coma, o el cuidado del estilo sobre la libertad del espíritu.

\*\*\*

Pero claro – el mundo nos sorprende con muchas posibilidades. Y debemos pensar y decir esas muchas posibilidades de mil formas. Pensar la multiplicidad de lo posible – pensar lo diverso de lo real. Ello nos sabe a la idea de un pluralismo lógico. Pues el nombre que le corresponde a esa multiplicidad es el de pluralismo lógico, y con él, la importancia de las lógicas no-clásicas. Pero, claro, ese ya es otro tema.